



## ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



### LA MEDICINA Y LA ENERGÍA ATÓMICA

por

FELIX DE LLANOS Y TORRIGLIA

De las Reales Academias Española y de la Historia.

La hoy tan vituperada «cacharrería» del Ateneo era todavía en los tiempos que yo alcancé un indisputable laboratorio de ingenio del siglo XIX, si saturado aún de burlón volterianismo, al cual sólo permanecían inmunes tres o cuatro de los concurrentes, rebosante de espiritualidad y de cultura amena. Solía presidir la tertulia, envuelto en su gabán de pieles, con presidencia de común asenso, pero sin sitial curul ni campanilla, don José Echegaray; desde un diván del rincón, la daba tono de conspicua autoridad la silente senectud de don Laureano Figuerola; acaparaban a ratos la atención de los oyentes cuando el verbo decidor y mundano del sin rival narrador Eusebio Blasco, cuando las divagaciones atractivas del sincero propagandista teósofo Tomás Doreste sobre temas ultraterrenos; la voz solemne y el acento dogmático de Rafael Salillas, en pie y de espaldas a la chimenea, se dejaba oír intermitentemente para formular una sentencia sociológica o un aforismo penalista; y en tono menor nos asomábamos a las controversias, con tal cual pregunta o reparo, el espíritu crítico y puntualizador de Julio Puyol, la erudición de Bonilla, la inmovible ortodoxia de Ricardo Spottorno, el siempre contemporizador Victoriano de la Cuesta, secretario de la Casa, cierto coronel brusco y desabrido o cierto eventual entrometido al que, por cortesía, dábamos alternativa en el coro los demás partiquinos. Caracterizábase en especial uno de los grupos por la asistencia y frecuente participación de varios médicos: Simarro, menos locuaz, pero rotundo y campanudo; Escuder, combativo; Maestre, imaginativo y fantaseador como buen levantino; Tous, vibrátil, un tanto chillón, que, en ocasiones, alardeaba de hombrarse con los otros como psiquiatra y de superarles como naturista.

Con estos últimos, sobre todo, había alternado durante mucho tiempo José Zahonero, uno de los talentos más desperdiciados y una de las sales más infructuosamente desparramadas de la época. Pero, según corrían bien fundadas noticias, el antes tan donosamente incrédulo, el discutiendo formidable tan temido por su agilidad polemista como por la causticidad de sus réplicas desmesuradamente impías, había oído en su camino de Damasco la voz que cegó para el error los ojos de Saulo, se había convertido en un cristiano cumplidor y ferviente y, entregado a la dirección espiritual de los jesuitas, rehuía todo contacto con centros, libros y personas donde su todavía tan tierna evolución pudiera verse en no deseables estrechuras. No se había dado de baja en el Ateneo, pero rara vez se le veía en la biblioteca, y pasaron meses sin que apareciese por la desenvuelta «cacharrería». Arboleda era aquella, en su sentir, donde podían perdurar, a pesar de tanta maleza, los robles centenarios o los pinos de veteranas raíces; pero en la que corrían legítimos sol y de las auras del verdadero oriente, arbustillos de tan somera raigambre y tan endeble aún como aquel su reciente catolicismo, si sembrado por

piEDAD del Señor en su corazón arrepentido, desprovisto todavía de la recia corteza indispensable para resistir con fortuna los hachazos y los zamarreos de contentientes tan temibles como los habituales contentulios, sofisticos y sarcásticos los más, del salón de conversación de la calle del Prado. Mejor era no ir.

Una noche, sin embargo, se aventuró a personarse en él. Nada en su exterior denunciaba el cambio del hombre interior. Continuaba con su desaliño bohemio, su corbata de anchas alas y mal anudado lazo, su andar de matador frente a la res, su amplia sonrisa desdefiosa, su retador mentón carolingio, que provocaba a meterse con él. Por eso, verle asomar por la puerta sus amigos de antaño y volcarse en una catarata de zumbonas bienvenidas, y aun de impropiedades de distintos calibres, fué todo uno. Zahonero se quedó plantado en el umbral y soportó aquel diluvio de flechas más o menos envenenadas con el estoicismo imperturbable de un San Sebastián en el martirio. Cuando, al cabo, le dejaron hablar, se encará con el pelotón de los médicos, entonces predominantemente cautivados por las novedades de la Microbiología, que era de donde partían los más virulentos dicerios y reproches, y les disparó una breve, pero contundente catilinaria:

—No, ¡si ya sabía yo que me recibiríais así! Y por eso no vengo. Sois incapaces de sacramentos, y, además, nunca tuve dotes catequísticas. Pero somos incompatibles y no nos entenderíamos. Yo atribuyo, afortunadamente—porque ahora sí que lo sé—, el origen del bien y del mal en cuanto pasa por el Universo mundo a un Creador omnipotente, magnífico. Supremo Hacedor, principio y fin de todas las cosas. Vosotros, encastillados en vuestra petulancia, habéis dado en disfrazar vuestra supina incredulidad afirmando que las fuentes de la vida y de la muerte están en el corpúsculo, en el átomo, en la semilla, en esos microorganismos que, a fuerza de desojorras, encontráis en los cadáveres y en los tubos de ensayo. A mí me basta mirar al Cielo para saberlo todo. Vosotros, ni con la lente ni con el libro aprendéis nada esencial. Hablamos un lenguaje diferente. Yo me voy con mi Dios, el infinitamente grande. Allá vosotros y vuestros ridiculos dioses, los infinitamente pequeños.

Y con la majestad de un gladiador que sale del circo, triunfante de las fieras, dió media vuelta junto al quicio de la puerta donde apoyará una de sus manos mientras peroró, y desapareció en dirección a la salida. Para no volver más.

No cumple al propósito evocador de este suceso anecdótico rememorar cuál fuera la reacción de los fustigados ante la elocuente azotaina. Si debe la imparcialidad de mi espíritu recordar cuál fué la suya. Al oír los apóstrofes de Zahonero, mi alarmada conciencia voló instintivamente a mi paterno hogar. En él eran a la sazón absolutamente compatibles el culto a las imágenes devotas y a las reliquias taumatúrgicas—concreción y encarnación de la fe en el Dios infinitamente grande—y la tradición heredada de las

prácticas de la homeopatía, proclamación patente de la confianza en la virtualidad de lo infinitamente pequeño. Tres generaciones de doctores homeópatas, discípulo cada uno de su predecesor, Ariza, Gorostizaga y San José, asesorados en casos graves por otros facultativos de igual ideología, venían siendo, con acierto y cariño, médicos de cabecera de mi familia. A mí, desde niño, se me había acostumbrado a creer, a cierra ojos, en las teorías de Hanneemann, tanto en su axioma capital del *similia similibus* como en la eficacia de la dosificación, mediante la cual unos globulillos de acónito, de belladona o de nuez vómica no sólo no producían en el organismo los efectos tóxicos propios de su índole, sino que le devolvían la salud perdida.

Había mucho de credulidad sugestiva y contagiosa, ciertamente, en nuestra fe de pacientes. Pero cuando alguna vez mi adolescencia, entre escéptica y curiosa, o la pedantería de mi primera juventud sentía el esbozo de la duda y osaba argumentar contra mis sanadores tachándoles ya de imprudentes modernistas (aunque entonces no se empleaba tal palabra), ya de empíricos, y les exponía mis vacilaciones respecto a la potencia curativa de elementos tan minúsculos, su deferente competencia me invitaba a repasar cualquier texto de la «Historia de la Medicina» para convencerme de que, dentro de lo abstruso y arcano del inmenso problema de la vida, no era ninguna noveletería ni tampoco ningún absurdo reconocer en lo menudo, en lo casi impalpable, en lo atómico, una energía virtual, de ignoto abolengo, que así como palpita en los gérmenes de las criaturas, roe, mina y acaba por destruir las más resistentes defensas de todo organismo animado.

Ilustrábanme ellos con evocaciones sintéticas del pasado. Decíanme que entre las dos explicaciones con que desde un principio quiso la Humanidad darse razón a sí misma de los magnos misterios esotéricos de su nacer, de su enfermar y de su morir (la que los atribuye al influjo de fuerzas externas y sobrenaturales, o la que persigue su origen en el corpúsculo interno, en la emanación absorbida o en la molécula dañina desarrollada en la entraña vital), el progreso de las ciencias naturales, de la Biología, de la Química y de la Terapéutica habían ido justificadamente coincidiendo en dar la preferencia—fruto de los análisis y de la experiencia clínica—a la persuasión de que en el núcleo natal de todo ser, como en los focos de su depauperación y caducidad, radican elementos cuya relativa imperceptibilidad y cuyo latente poderío escapan a las indagaciones de la corriente observación. Todo un mundo, sí, inferior al hombre, pequeñísimo, inabordable, tan resistente a los sondeos del mismo microscopio como a los del anteojo telescópico la inmensidad del mundo sideral. Y es en todo ese bullir de microfótos donde la Quimicofísica, cerebro y brazo de la Medicina, alcanza a ver el rudimento germinal y la Farmacología a fabricar el remedio dosificado de los padecimientos. Lo suprasensible, el porqué del neuma o del alma, el manantial de las llamadas mónadas o de las partículas etéreas de Hoffman no es cosa nuestra—me decían—. No somos supersticiosos ni astrólogos, ni pretendemos ser sacerdotes. Nuestro ministerio es experimental y no pasa de la aplicación de lo que nos enseña la práctica.

Y ella nos afirma—continuaban—que la Humanidad creyó siempre en el poder de lo minúsculo. Los egipcios primitivos atribuían todos sus males a los gusanos; los chinos curaban con pinchazos de punta de alfiler. Las ciencias creyeron desde su cuna, con Empédocles, Leucipo y Demócrito, en la trascendencia del átomo. Asclepiades y su escuela intuyeron la

concepción atomística del mundo, y Galeno teorizó en sus días sobre la dosificación de los medicamentos. No olvidamos que, al actuar sobre la *vis medicatrix* o al acometer contra la «materia pecante», hemos de contar con que por encima de lo que sabemos hay un más allá inaccesible y supremo. Pero lo que está a nuestro alcance, como causa inmediata del alentar, del sufrir y del expirar, es la acción de lo ínfimo, depositario paradójico de las energías máximas de la Naturaleza: son los venenos destilados por Paracelso, vislumbre luminosa, aunque falible, del vitalismo; son los infusorios de Leuwenhoek; son los glóbulos sanguíneos de Bellini; son los átomos en movimiento que preocupan a Daniel Sennert; son los tuberculillos pulmonares, que dieron tanta fama a De la Boe; los miasmas de Sydenham, los fermentos que investigó Cagniard de la Tour, base de los magnos inventos patológicos de Pasteur. Todo menudo, larvado, recóndito como el cisticerco del cerdo, cría de la tenia, y el bacilo virgulo del cólera que más adelante esclavizó Koch.

Pero aquellos mis dogmatizadores de lo parvo no agotaban el tema. Aún estaba en período de experimentación la doctrina celular de Virchow y, consiguientemente, todo el continente inexplorado de la citología, de que él fué el Colón. Aún el hermético universo de lo latente reservaba innumerables sorpresas: amperios, iones, electrones, radium, toxinas, bastoncillos, retículas y fibras y ganglios y degeneraciones de los nervios, que fueron hallazgos de Cajal. Y los sueros inmunizantes. Y las sulfamidas y penicilinas de ayer, de mañana. Que es interminable la floración de la selva del microcosmos. Esa selva en la cual ruge ahora la mortífera desintegración del átomo, nuncio sabe Dios de cuántas maravillas.

Tenia, pues, razón y no la tenía Zahonero cuando se mofaba de lo infinitamente pequeño. Todo en el cuerpo humano, desde el alba de su fecundación germinal hasta el epílogo trágico de su carroña, está ligado, paternal o filialmente, a lo infinitesimal o atomístico, ya en el alborar secretísimo del *monis vitalis* como quiera llamárseles, ya en las crisis minadoras del organismo, ya en el ocaso macabro de la danza triunfal gusanesca. Pero blasfemaríamos si olvidáramos que, tanto el átomo misterioso que nos engendró como la casi impalpable ponzoña que nos dañó o la alevé necrosis que nos mata, gangrena o bomba, son manifestaciones de la energía divina que nos allenta, nos prueba o nos abre las puertas del castigo o de la bienaventuranza eternos. Ya nos hab'ó Cristo, en el Evangelio de San Mateo, del alto vigor de la levadura y del grano de mostaza. Y no hay que asombrarse de que hora tras hora despejen la inteligencia humana múltiples incógnitas, secularmente recatadas tras velos de misterio. Porque también dijo el profeta y repitió Jesús, según el evangelista, que hay muchas cosas que están ocultas desde la Creación. Y el Creador nos las va manifestando una tras otra, entregándonos a la responsabilidad de nuestro albedrío.

Como antaño nos confió el veneno y la dinamita, salud o muerte, destrucción o progreso, ora las administremos para el bien o el mal. Como ahora ha puesto a nuestro alcance la fuerza atómica, redimiéndola de la cascarilla que la envolvía. Y no será seguramente para que se valga de ella el rencor o la venganza. Si hasta hoy el átomo enmascarado hizo prodigios, manipulado por la ciencia, y en especial por la Medicina, ¡cuántos no podrá realizar a cara descubierta! Día llegará pronto en que el hombre no sentirá remordimientos por haberle arrebatado el antifaz, sino orgullo de haberle dominado y reducido a su servicio. Que por algo fué Adán el hijo predilecto del Génesis.